

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrada à la

VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 724.

Alicante 18 de Octubre de 1884.

Año XV.

Quia fecit mihi magna, qui potens est: et sanctum nomen ejus—(San Lucas. cap. 1—V. 49)

#### IV.

El día en que nació la Virgen Santísima, sus padres San Joaquín y Santa Ana, por inspiración de los ángeles, le impusieron el nombre de María (1). Los teólogos no se cansan de ponderar las excelencias de este santo nombre, tan lleno de consuelo y esperanza para todo el pueblo fiel. Algunos han llevado su devoción hasta el punto de afirmar que «puede piadosamente creerse que, por institución divina, el nombre de María, devotamente pronunciado, causa gracia ó santifica, no

(1) Impositum est ei nomen Mariæ à parentibus, secundum angelicam revelationem—S. Antonino de Florencia, *Summa*, Par. 4, Tit. 15, cap.—14—

solo *ex opere operantis*, como los sacramentales, sino *ex opere operato*, como los mismos Sacramentos» (1).

Sin ir tan lejos, aun sin admitir esto último, se puede y se debe afirmar que el nombre Santísimo de María, elegido sin duda por Dios, si se invoca con devoción y confianza, será siempre de seguro y eficacísimo auxilio en todas nuestras necesidades espirituales y temporales.

El Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, despues de sentar que «Dios da á cada uno gracia proporcional al fin para que le elige», asegura que «despues de Cristo, la mayor plenitud de gracia ha sido para la Virgen María, elegida para que fuese Madre de Dios» (2). El insig-

(1) Novati. De Eminentia Deiparæ—loc. cit. Q. 12—

(2) Post Christum habuit maximam plenitudinem gratiæ Beata María, quæ ad hoc est electa, ut esset Mater Christi—*In Epist. ad Rom.* Lect. 15.

ne teólogo Suarez, despues de leer, extractar y meditar toda la doctrina de los Santos Padres relativa á este punto, exclama: «creo que en lo que atañe á esta potestad y eficacia (*el patrocinio*) la Santísima Virgen supera no solo á cada santo en particular, sino á todos en general» (1).

San Pedro Damiano, hablando de la natividad de María empujado por su fé y su devocion, dice: «Te se ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra y nada es para tí imposible.» (2) «Te acercas al Altar de la humana reconciliacion no solo rogando, sino mandando, como Señora, no como sierva» (3).

Lo que aquí se dice acerca del poder y excelencias de la Virgen Santísima no es ni más ni menos que lo que enseña la tradicion apostólica ó lo que han dicho los Santos Padres. Los textos citados en gran número y con entera exactitud, pueden verse en Suarez, en el lugar antes citado.

Los protestantes enemigos, como iconoclastas, del culto de los santos, confundiendo cosas completamente diversas y aun opuestas, se empeñaron y continúan empeñados en

hacer creer que los católicos son idólatras ó tributan á la Virgen un culto y le conceden un poder, que solo corresponde á Dios. Nada menos fundado ni más falso (1). Los católicos distinguimos siempre entre Dios, que es eterno y omnipotente, y María, que no es eterna, sino que ha sido criada, ni es por si omnipotente, puesto que todo su poder es comunicado ó recibido de Dios mismo.

Dónde está aquí la idolatría? ¿Hay idolatría cuando se llama Dios á Dios y criatura á la criatura? Hay idolatria cuando se dice que, por la infinita misericordia de Dios una pura criatura, María, tiene todas las perfecciones que un ser racional, no infinito ni eterno, puede tener?

Que es lo que nosotros decimos de la Santísima Virgen?

¿Decimos como S. Ildefonso, (2) y San Juan Damasceno, (3) que fué gloriosa en su *asuncion* ó que, despues de su muerte, en alma y cuerpo, en hombros de ángeles fué llevada á los cielos? Pero ¿se pierde de vista que distinguimos entre la *ascension* y la *asuncion* ó entre Cristo, que subió al cielo por su propio poder y

(1) *In 3am Part. Divi Thomæ*, Tom 2, Q-37-Art. 4 Disp. 23 Lect. 3—

(2) *Data est tibi omnis potestas in Cælo et in terra, et nihil tibi impossibile—*

(3) *Non solum rogans, sed etiam imperans, domina, non ancilla. De Nativ. S. Mariæ. Serm 1.—*

(1) Véanse el P. Valencia, jesuita, *De Rebus fidei, hoc tempore contra Versus*, Lib. 5. *De Idolatria*, cap-14, y Gotti dominico, *De Vera Christi Ecclesia*. Tom. 1 cap. 9—

(2) *Serm 6. De Assumptione.*

(3) *Orat. 2 De Dormitione.*

*Beatæ Mariæ*, N.º 14—

María que por si no podia subir y solo subió porque fué *assumpta*, tomada ó elevada por Dios?

¿Decimos que María fué santa y pura, santísima y purísima, que jamás cometió ni el mas leve pecado en toda su vida mortal? Pero ¿somos quizá pelagianos? Atribuimos esta *impecabilidad* á María, como mera criatura, suponiendo que por sí y con sus solas fuerzas naturales pudo vencer siempre al espíritu tentador? ¿No afirmamos, por el contrario, que tan maravillosa victoria era debida á los muchos, grandes y eficacísimos auxilios celestiales ó divinos que habria recibido?

¿Decimos con San Anselmo que «convenia que la Virgen destinada á ser Madre de Dios, tuviese la mayor santidad ó pureza que, despues de la infinita de Dios, pudiera concebirse?» Decimos con S. Agustin que, «cuando se trata de María por exigirlo así el honor de su divino Hijo, *propter honorem domini*, no queremos ni aun suponer que pueda existir pecado?» ¿Decimos con el Concilio Tridentino que al recordar la ley comun de la culpa original, de ningun modo es nuestro ánimo declarar comprendida en esta ley general á la Virgen María? ¿Decimos con Pio IX en su Bula *Ineffabilis* de 8 de Diciembre de 1854, que, no obstante su natural descendencia de Adan, la Virgen que habia de ser Madre de Dios, por especialí-

simo privilegio, por haberlo así querido ó decretado el mismo Dios, se vió siempre, aun en el primer instante de su purísima concepcion y ser natural, libre de toda mancha personal ó de origen? Por último, ¿decimos con San Pedro Damiano que, al celebrar la natividad de María celebramos el origen de todas las demás fiestas cristianas, ó repetimos con San Antonino de Florencia que el nacimiento de la Santísima Virgen fué un gran goce para toda la tierra y se celebró y se celebra anualmente con júbilo inmenso en el cielo?

Pero, ¿qué hay en todo esto que sea panteista ó idólatra ó confunda á la criatura con su Criador? ¿Se niega ni aun en lo más mínimo la gloria debida á Dios? ¿Es ni posible el bendecir á María, sin bendecir antes á Dios? ¿Que perfeccion se atribuye á María, que no sea un don del cielo, ó del cual Dios no sea su autor? ¿Qué es lo que dijo la propia Santísima Virgen? ¡Dios miró mi humildad! *Respexit humilitatem meam*. ¡Me hizo cosas grandes el que es poderoso y su nombre santo! *Fecit mihi magna qui potens est: et sanctum nomen ejus*.

Y qué es lo que decimos nosotros? ¡Lo mismo que dijo María! Nosotros decimos y repetimos que María era humildísima y que todo lo que hay en ella de grande, de extraordinario de santo, de misterioso y superior á

la humana inteligencia, todo es obra de Dios, del que es poderoso y cuyo nombre es santo.

Hoy mismo, al celebrar la natividad, ¿por qué decimos que fué un gran gozo para el cielo y para toda la tierra? Porque Dios habia predestinado ó elegido á María que quebrantase la cabeza de la serpiente y con su *fiat mihi secundum verbum tuum* abriese las puertas del cielo. ¿Por qué decimos que María nació santa? Pues lo decimos, no porque creamos que se santificó ella misma, sino porque creemos y confesamos que, antes que naciese en su concepcion misma, la santificó Dios—¿Por qué, en fin, decimos que la Iglesia entera, y desde los tiempos mas remotos, celebra con solemnidad el nacimiento de María? ¿Es porque, como suponen falsa y calumniosamente los protestantes, la consideremos, *more gentílico*, como un idolo ó divinidad? Nada menos. Nosotros, todos los fieles, celebramos con gran júbilo el nacimiento de María, porque, por haberlo dispuesto así Dios, vemos en tan glorioso nacimiento la proximidad de la plenitud de los tiempos, el cumplimiento de todas las profecias, el principio de los grandes misterios relativos á la Encarnacion y Redencion, la Virgen, en una palabra, anunciada por Isaias, que encontró gracia ante Dios, que fué llena de gracia, que ha sido, es y será, como madre del Señor, *mater Domi-*

*ni mei*, bendita entre todas las mujeres.

Santa Isabel, la madre de S. Juan Bautista, al ver en su casa á la Santísima Virgen, llena de fé y júbilo, exclamó: «¿De dónde á mi el que venga á visitarme *la Madre de mi Señor?*» ¡La Madre de mi Señor! He aquí lo que no ven ó no quieren ver los secuaces del protestantismo! Nosotros amamos, veneramos é invocamos á María, no porque la adoremos como á Dios, sino porque es *la Madre de Nuestro Señor*. Nuestra fe y nuestra devocion no se diferencian en nada de la fé y la devocion de la madre del Bautista.

Oiganlo y sépanlo los protestantes.

*Florentino de Zarandona.*

---

## EL PERIODISMO.

(Continuacion.)

V.

Entre los muchos motivos de desaliento que al periodista católico le hacen ingrato su oficio, ya de sí muy árduo, es gravísima la contrariedad de los buenos. Por ligereza quizá ó por inexperiencia, y á menudo por nuestra innata soberbia de encontrar mal hecho todo lo que hacemos nosotros mismos, muchos católicos respetables hablan del periodismo sano, peor que el más furioso liberal.

De tantas murmuraciones como los tales se permiten sin el menor escrúpulo, se sigue un mal gravísimo. Los periódicos honrados, que despues de hacer todo lo posible para contentar al público se ven pagados de tan ruin manera, ó abandonan su puesto de combate, ó prosiguen su ingrata tarea sin la debida calma, con grave perjuicio del vigor de la defensa...

¿No bastan las enconadas polémicas de los escépticos y de los poco católicos, para que el periodista cristiano tenga que ver continuamente sobre su cabeza, como una espada, la censura aguda y afilada de aquellos mismos por quienes sacrifica su ingenio, sus fuerzas, su libertad y todas sus esperanzas? No así ciertamente se conducen los revolucionarios con los diarios y periodistas del propio partido.

Los revolucionarios, aun cuando no la tienen ni pueden tenerla, demuestran estimacion de los propios periódicos, y principalmente de las personas que los escriben. Por el contrario, sucede más de una vez, por desdicha, ver escritores sumamente beneméritos de la Religion, con prolongado y esquisito trabajo, reducidos por los católicos á tales términos de público descrédito, como nunca lo lograron sus más fieros adversarios.

Justa nos parece á este propósito, la queja que se leía en el cuaderno

de la *Scuola Cattolica* correspondiente al 30 de Setiembre de 1883. Hermosa idea, por cierto, la de alentar á los escritores católicos, más es preciso comenzar por respetarlos, por creer en su espíritu de sacrificio, por no herir cotidianamente su amor propio, y sobre todo, por no ofenderles en el decoro, en la decencia, en la justicia misma, creándoles posiciones humillantes. Sin esto el periodismo católico no solo no logrará hacerse respetar por los revolucionarios, ni siquiera atraerse la multitud de sinceros cristianos que, no haciendo diferencias, entre periodistas y periodistas, fácilmente se persuaden que todos los periódicos son de igual pelo y cáscara, y de aquí que tanto valga tomar uno liberal como otro católico.

Esta especie de indiferentismo práctico, que ha invadido á la muchedumbre cristiana respecto á la lectura de papeles públicos, es plaga funestísima que á toda costa conviene remediar, si no se quiere ver arruinada en breve la moralidad y la religiosidad del pueblo.

No nos detendremos en discurrir largamente acerca de la moralidad, que es casi imposible pueda conservarse íntegra con la lectura continua de la crónica indecente y del corrompido folletin que devoran con avidez muchos lectores.

¿Qué interés puede tener para una incauta jovencita de 16 años el pe-

riodicucho que el padre abandona sobre la mesa de labor? Lo cierto es empero, que todos los días lo lee con ánsia increíble, y que lo deja al parecer con verdadero sentimiento.

—¿Le complace á Vd. mucho la política, señorita?

—¡Oh! ¡nada de eso!

—¿Por qué, pues, lee á menudo el periódico?

—No me cuido de artículos políticos. ¡Dios me libre!

—¿Qué lee Vd., señorita, si no soy indiscreto?

—El folletín, naturalmente. ¡Cuánto me gustan los que ahora publica el periódico de mi padre! ¡Cómo quiero á la *Nana* de Zola! ¡Y qué perla la nueva novela de Texier!

—¿Sí? ¿Y no se pone los guantes la señorita cuando toma en sus manos aquellas inmundicias?

Inmundicias, en efecto, que ensucian el alma, que llenan la mente de mil lúbricas fantasías, que introducen la malicia en los corazones vírgenes, é inician á la inocencia en el camino de la culpa...

¿Y la desfatachez con que los gacetilleros sirven al público escenas tabernarias y procesos que debieran quedar sepultados en silencio hasta el día del Juicio? ¿Y el cinismo volteriano con que con harta frecuencia se narran los suicidios que en nuestros tiempos han venido á ser verdadera infestación diabólica?

Menos mal aún cuando esos pape-

les se limitan á referirlos sin una palabra de censura, pues las más de las veces los comentan como actos de heroísmo, ó por lo menos los pintan como el único medio que le queda al suicida para librarse de torturas físicas ó morales y del deshonor: de donde, en vez de la reprobación que merece aquel pésimo delito, nace en muchos compasión, admiración en otros, y en no pocos deseos de imitarlo. Así es como se explica en parte la multiplicación de tales crímenes con particularidades á veces que horrorizan...

Los muchos ejemplos que pudiéramos citar y que acontecen cada día á vista de todos, demuestran que la lectura continua de los malos periódicos, al mismo tiempo que la perversion moral, produce la perversion religiosa. Pocos son los que se abstienen de aquellas lecturas por tamaños peligros. Los católicos se creen por esta parte muy seguros de sí mismos con esa fatal ilusión del amor propio que á tantos costó ya la pérdida del más precioso de los tesoros, el tesoro de la fé.

Las sectas anticristianas han echado mano del periodismo, con preferencia á cualquier otro medio como eficacísimo para desarraigar del pueblo la Religión heredada. Y las sectas desgraciadamente no se engañan en la elección de los medios más aptos para aquella inicua empresa; porque Satanás mismo, el

eterno enemigo de Dios y de los hombres, las ilumina y guía. A donde llega el diario perverso, la fé experimenta al punto su tristísima influencia; primero degenera en la práctica, luego languidece aun en la persuacion del ánimo, y finalmente muere.

Si se da una rápida ojeada á los pueblos de raza latina, tan pronto y completamente transformados bajo el punto de vista religioso, se comprenderá que la culpa la tiene en gran parte el periodismo.

Nuestras ciudades más populosas ven desiertos los templos, principalmente del sexo más robusto, descuidados los Sacramentos aun en las solemnidades pascuales y en los momentos para un alma inmortal tan peligrosos de la última agonía. ¿Quién arrancó del corazón de tantos infelices la religion materna á la que tanto amaban? El periodismo. ¿Quién les enemistó y continúa enemistándoles cada dia más con el sacerdote? El periodismo. ¿Quién les indujo á tamaño escepticismo de ideas y de afectos, para que con la mayor indiferencia arrostran el problema de la eternidad, y muertos quieran ser llevados como jumentos sin luces y sin cruz, á pudrir en huesa no bendecida? El periodismo, que pone todo su conato en denigrar el cielo, magnificando solamente la tierra y sus goces, sus riquezas y sus glorias, y que por lo

general representa la religiosidad como laudable sentimiento que puede dejarse y tomarse segun los humores y los gustos, como se haría con un objeto de lujo y al Catolicismo en particular, como supersticion pestífera manejada por los sacerdotes, que para intereses terrenos falsean y corrompen todo lo que habia de bueno en la doctrina de aquel filósofo judío llamado Jesús.

La elocuencia del hecho es más eficaz que cualquier racionio. Y parécenos hecho innegable y universal para quien tenga ojos en la cara, que reo principal de la indiferencia moderna en materia de Religion debe reputarse al periodismo no católico, cualquiera que sea el partido político á que pertenezca. Dadnos un rincon de nuestro país que tenga la fortuna de poseer todavía intactas las tradiciones de nuestros abuelos, y *a priori* aseguramos que el periodismo perverso no ha penetrado allí. Pero tema el buen párroco de aquel eden venturoso el día en que el correo empieza á llevar á alguno de sus queridos hijos la hoja revolucionaria. Esta centella podrá producir tal incendio, que no baste á dominarlo toda su autoridad de Padre y de Pastor, y tendrá que llorar irreparablemente perdido en pocas horas tanto patrimonio de fe y todo el fruto de sus fatigas.

Es innegable que en todas partes

la sinceridad y la práctica del Catolicismo están en razon inversa de la difusion del periodismo malvado; de donde se sigue que esta clase de periodismo constituye gravísimo peligro para la fe; que es uno de los que los teólogos llaman peligros comunes, respecto á los cuales la sana moral enseña que estamos obligados en conciencia á evitarlos. ¿Cómo, pues, podeis contestarme: «Yo sigo muy tranquilo mi costumbre de leer el periódico revolucionario, porque nunca advertí que sufriesen deterioro alguno mis convicciones católicas?» Esta excusa, míresela por donde quiera, no tiene valor alguno. El periodismo liberalesco es un peligro comun de la fé, y de consiguiente, por amor á vuestra fé debeis evitarlo, á menos que á ello os obligue alguna necesidad gravísima, ú os halleis en circunstancias de todo especiales, que haciendo remoto aquel peligro os dispensen de la obligacion comun de huir de él.

Compréndese, pues, con cuánta sabiduría y prudencia muchos obispos han inculcado severamente con actos colectivos el deber que tienen los fieles de abstenerse de la lectura de diarios corruptores. Pasando por alto las solemnes condenaciones particulares que varios Obispos pronunciaron con mucho fruto contra este ó aquel periódico, así obró el Episcopado suizo, el aleman, el americano recientemente, y el Episco-

pado belga en una famosa instruccion pastoral, fechada el 5 de Agosto de 1843, y en una instruccion mandada á los confesores en 1858. De la Instruccion especial á los confesores que en el mismo año 1858 dió el Obispo de Brujas en conformidad á las máximas establecidas en comun con todos los demás Prelados de Bélgica, se desprende que la lectura habitual de los periódicos malos les está prohibida á los fieles por *ley natural*, por *derecho positivo divino* y por *derecho eclesiástico*; y que son cómplices de la ruina espiritual que aquella produce, los padres, madres y superiores que no la impiden.

Todo esto lo confirmó con su autoridad apostólica el gran pontífice Pio IX en la célebre Carta de 30 de Julio de 1871 á su eminencia el Cardenal Constantino Patrizi, Vicario de Roma. Por la brecha de Puerta Pia entró en la Ciudad Eterna un cenagoso torrente de diarios pestíferos todos en diversos modos consagrados al mismo objeto de sumir en la incredulidad el centro y corazon de la Religion Cristiana; y Pio IX, queriendo reparar lo mejor posible tanto daño, ordenó al cardenal que hiciese advertir á los fieles, por medio de los Párrocos, que les estaba prohibida la lectura de ciertos periódicos que se imprimian especialmente en Roma, y añadía que tal prohibicion debia ser intimada

de suerte que se comprendiese que *su infraccion es culpa, no venial sino grave.*

Cumplió el Cardenal Patrizi lo ordenado, expidiendo el 6 del siguiente Julio una circular á los Párrocos de Roma, el que es notable el pasaje en que se llama la atencion pública sobre el daño gravísimo que la introduccion de periódicos impíos en las familias causa á la mente y al corazon, especialmente de los jóvenes, quienes *beben así el veneno de la incredulidad, aun antes quizá de haber gustado la leche de la Religion.* Y á fin de que nadie alegase la excusa de no saber cuales eran los periódicos que el Padre Santo queria proscribir, su eminencia nombró algunos de ellos, que creemos han desaparecido ya todos, excepto *La Capitale.*

El acto del Pontífice Pio IX bajo el aspecto *jurídico* del positivo mandato se refiere solo al pueblo romano, pero bajo el aspecto *moral* de documento autorizado y de directivo de las conciencias puede sin duda y debe extenderse á todos los fieles. Es evidente, pues, que los periódicos escritos con el mismo espíritu que los que Pío IX condenó en Roma, no se pueden leer en Roma ni en ninguna otra parte sin faltar á la conciencia. Y el principal motivo de esto es el indicado por el eminentísimo Cardenal Vicario de Pio IX; esto es, el peligro próximo

en que por aquella lectura se pone el lector de que se altere ó pierda del todo su fé.

(Se continuará.)

---

## EL ROSARIO DE LA AURORA.

---

*Lux ecce surgit aurea...*

Asoma riente el alba, y á sus primeros fulgores escóndense medrosas y palidecientes la luna y las estrellas, como significando que ceden al astro del dia el reinado que durante la noche tuvieron sobre la dormida creacion.

Bella es la madrugada y convida á toda suerte de gratas emociones. Es la primavera del dia, como Abril es la primavera del año. «Porque entonces, dice hermosamente Fray Luis de Leon, la luz, como viene despues de las tinieblas y se halla como despues de haber sido perdida, parece ser otra y hiere el corazon del hombre con una nueva alegría, y la vista del cielo entonces y el colorear de las nubes y el descubrirse la aurora, que no sin causa los poetas la coronan de rosas, y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entonces más dulcemente, y las flores y las yerbas y el campo todo despierte de sí un tesoro de olor?... Porque no es gusto de un solo sentido, sino

general contentamiento de todos, porque la vista se deleita con el nacer de la luz y con la figura del aire y el variar de las nubes; á los oídos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazón el campo y las yerbas despiden de sí, es olor suavísimo: pues el fresco del aire de entonces templado con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cria salud, y lava las tristezas del corazón, y no sé en que manera le despierta á pensamientos divinos antes que se ahogue en los negocios del día.»

Sin ser clásico poeta, como lo es aquí y en todo el suavísimo cantor de las noches serenas y de las frescas alboradas, el buen pueblo cristiano ha sentido lo mismo de esta singular hora del amanecer, y la ha dedicado en España á la Madre de Dios. Exactamente como de Mayo hizo el Mes de María, hizo la hora de María de la fresquísima y lozana hora matinal. Y buscando culto el más adecuado con que en aquella hora honrarla y festejarla, escogió el santo Rosario, y de aquí la popular y tiernísima devoción tan común en nuestro país, y sobre todo en sus regiones meridionales, del Rosario de la Aurora.

¿Oís? ¿Oís? Soñolienta está aún casi toda la población, y suena de repente, en medio del silencio, alegre repicar de campanas, y en seguida, animación y bullicio de gentes, y

ruido; de puertas que se abren y cierran apresuradamente, y saludos y *buenos días* de los que á toda prisa acuden al templo parroquial. Un grupo numeroso compuesto de los más afinados cantores del lugar recorre las calles en regocijada diana para acabar de alborotar á los que retiene aún entre las sábanas el sueño ó la pereza. Escuchad sus coplas, que bien que toscas alguna vez y desaliñadas, son para hacer poner los huesos en punta al más apático y remolón:

Deja, deja ese sueño profundo  
Que tanto te oprime, vete tras de  
Rezarás el precioso Rosario (mí;  
Y la sacra Aurora rogará por tí.

Da pena el decir  
Que te acuse el demonio algún día  
Que al santo Rosario no quieres  
(venir.

Al Rosario de María tocan  
Con pitos de plata, lenguas de mar-  
El que quiera coger estas Rosas (fil;  
Véngase conmigo que voy al jardín,  
Cristianos, venid;  
Dios te salve, Custodia divina,  
Purísima y bella más que un Serafín.

Hélos empero que salen ya de la Iglesia parroquial ó del pacífico monasterio; precede el blanco estandarte de la Cofradía, en cuyo astil cimbrera gallardamente apretado manojo de flores de la estación; largas hileras de fieles de ambos sexos, rosarios en mano, devota aunque se-

rena y jubilosa la faz, responden en rezo igual y acompasado el canto de los *Padre nuestros, Ave Marias y Gloria Patri*, que al son de populares instrumentos ejecuta el coro de piadosos mocetones. La imagen de la Virgen en manos del sacerdote, ó en andas sobre robustos hombros levantada, cierra la procesion y se destaca de léjos como reina de ella. La música del Rosario es airosa y solo en Cuaresma toma el tinte melancólico de los recuerdos de la Pasion. A cada decena, antes de proponerse el misterio correspondiente, se entona una coplilla que da más colorido y variedad á aquella poética guirnalda de súplicas y alabanzas. Unas veces se canta:

Padre nuestro que estás en los cie-  
(los,  
Estas dos palabras aprendí no más;  
Pues estando mi Padre en el cielo  
Siendo yo buen hijo tambien iré  
(allá.

Otras se sale con esta ocurrencia:  
San Francisco se perdió una tarde  
Sus hijos llorosos le van á buscar  
Y le encuentran en el Paraiso  
Cogiendo las Rosas del santo Rosal.

Otras se toma el asunto de la festividad del dia, y se dice por ejemplo en Navidad:

Pastorcillos, los de esas majadas,  
Dejad las manadas, corred á Belen,  
Y entre pajas vereis recostado  
A un Dios humanado, Jesús nuestro  
(bien.

¡Qué lindo que es Él!  
Son sus labios corales y rosas,  
Su boca preciosa, su cara un vergel.

O en el dia de Pascua de Resurreccion:

Dulces himnos los Angeles cantan  
Saludando alegres la Virgen sin par:  
Salve, dicen, oh Reina del cielo,  
Que tu Hijo divino resucitó ya.

¡Fieles, despertad!  
Y aleluya cantemos gozosos,  
Que el Rey de los reyes resucitó ya.

Y así en coplas siempre adecuadas á cada solemnidad del calendario cristiano, matizadas de hermosos conceptos en que se muestra siempre variada y fecunda é inagotable la musa popular.

A veces dichas coplas son tierno recuerdo de un cofrade recientemente fallecido, y se cantan al pasar ante la casa donde vivió. Oid:

Ya falleció nuestro hermano,  
A Dios entregó su alma;  
Madre de misericordia  
Tu Patrocinio le valga.

Sacratísima Maria  
De la Aurora titulada,  
Suplicadle á vuestro Hijo  
Que lo lleve en su compañía.

Recibe, Madre piadosa,  
Para alivio de su alma  
Salves, Misas y Rosarios  
Que sus hermanos le mandan.  
Acabando despues como si hubie-

se ya alcanzando su efecto la devota súplica:

Un hermano de la sacra Aurora  
Falleció, y la Virgen apenas le vió  
Que su hermano se estaba penando  
Lo tomó en sus brazos y se lo llevó.

Y lo recibió

Nuestro Padre Jesús en los suyos,  
Y todas las culpas se las perdonó.

Muere un niño ó niña de alguno  
de los cofrades de la Aurora, y también para este caso tiene su copla el pueblo cantor, y consuela á su pobre madre cantándole ante su puerta de esta manera:

Un tierno angelico ha muerto;  
Dignaos, Aurora bella,  
Suplicarle á vuestro Hijo  
Que lo ponga á su derecha.

Aquí yace este niño y espera,  
Bella Aurora de vuestra bondad,  
Se le ponga con los Serafines  
Allá junto al trono de la Trinidad.

¡Angeles, bajad!

Y alistad en tan nobles banderas  
A este niño bello que os va á acom-  
(pañar.

No nos cansariamos de copiar coplas y más coplas, ni se cansarian de leerlas nuestros amigos, pero este articulejo reclama ya punto final. El Rosario de la Aurora termina con la Santa Misa, que se celebra al llegar la procesion á la iglesia y para la cual ha servido en todo el pueblo de piadoso desperta-

dor. Los cofrades del Rosario, como red barredera, han arrastrado á su paso y en pos de sí innumerables almas al cumplimiento del precepto dominical y á escuchar de labios del párroco el Catecismo y la explicacion del Evangelio. El dia del Señor ha tenido el mejor principio para su santificacion; las familias tornan al hogar con las dulces impresiones de amor á Dios y á sus misterios y festividades de que hallenado su alma la poética cuanto cristiana alborada.

¡Felices los pueblos que no han perdido tan hermosas costumbres! ¡Felices los que con todo ahinco las procuran hoy dia restaurar! ¡Felices nosotros si algo hemos podido contribuir á ese piadoso renacimiento con nuestra humilde Propaganda!

*F. S. y S.*

---

## LA VIRGEN DE MONSERRAT.

---

### HISTORIA DE UNA CAIDA.

El siguiente relato lo tomamos del *Semanario de Igualada*:

Erase el dia 21 de Setiembre de 1884.

Los católicos que habian ido á postrarse á los piés de la Virgen de Monserrat en su célebre é imponente santuario, contemplaban en las primeras horas de aquel dia llenos de admiracion profunda, un cuadro sorprendente, que solamente se observa en toda su grandiosidad desde

aquellas sierras ante las cuales parecen inclinarse principados y antiguos reinos.

La niebla, no sutil y vaporosa cual acostumbra verse, sino unida, compacta, vigorosa y de una nitida blancura, se extendía en cuanto la vista alcanzaba cubriendo valles, pueblos y montañas cual si fuese inmensa alfombra que la mano de Dios había colocado al rededor del Monasterio para que pudiese en ello posar su planta la Virgen protectora de Cataluña.

Hermosa alfombra por cierto, pero no menos hermosa la preciosa corona formada por rayos de brillante luz que el sol en aquel entonces pedía como para orlar la hermosa diadema que adorna las sienes de tan celebrada Señora.

¿Quién á vista de tanta magnificencia no se postraba humildemente y con el corazón lleno de fé y esperanza invocando protección á la Madre de los desamparados, vida, consuelo y esperanza nuestra?

Resuenan todavía en nuestros oídos, y conmueve aún nuestro corazón, aquellas tiernas expresiones de sentimiento, aquellos graves cantos que humildes monjes desde el coro de la Santa Basílica habiau entocado la noche del día anterior al en que acaeció el hecho que luego vamos á narrar.

No es nuestro ánimo, lo decimos en alta voz, al dar á luz estos hechos, publicar nuestros oscuros nombres para exhibirnos ni para que los que estas líneas vean se ocupen de nosotros.

Vamos á contar únicamente las glorias, la grandeza, la misericordia sin igual de María.

Seria próximamente la una de la tarde del 21 de Setiembre, cuando por última vez fuimos á postrarnos humildemente á los piés de la Virgen, á quien con todo el sentimiento noble y entusiasta de nuestro corazón pedimos á fuer de sinceros católicos protección y ayuda en nuestras adversidades. Nuestras últimas palabras fueron: «Virgen María socorrednos y amparadnos.»

Montamos en nuestra tartana, y dando un conmovido adios á aquel inolvidable y venerado Monasterio, emprendimos nuestro viaje de regreso á esta ciudad de Igualada.

Dos horas llevábamos andadas cuando empezamos á rezar el Santo Rosario: no habíamos recorrido quizás un kilómetro, á contar desde el punto en que una inscripción grabada en una elevada piedra recuerda á los caminantes un hecho acaecido á varios igualadenses, cuando en terreno llano y en donde ménos podía abrigarse temor alguno, la yegua que tiraba del carruaje retrocedió instantáneamente quedando las ruedas de la tartana tocando al borde de un profundo abismo. Inútiles fueron los esfuerzos que Ramon Martí y Rodó hizo para evitar la desgracia que iba á acontecer: el carruaje se precipitó llevando dentro á los tres restantes que suscriben.

Momentos solemnes fueron aquellos que á un ateo ó incrédulo le hubieran quizá conducido á una desesperación sin límites: no se oyó empero ni un solo ¡ay! ni una sola queja.

No nos acordábamos más que del ruego que poco antes dirijimos exclamando á la Virgen Ramon Martí y Rodó en alta voz, con las manos

elevadas al cielo: «¡Virgen del Monserrat, salvadnos!»

Y mientras tanto, los tres que íbamos en la tartana rodábamos despeñados por aquel precipicio cuyo fondo apenas podía distinguirse. Una tierna encina, único árbol que se hallaba en aquella pendiente cubierta únicamente por unas más ó menos gruesas piedras, fué tronchada por el carruaje que pasando por encima de ella iba con nosotros rodando, dejando en su vertiginosa carrera huellas palpables de su paso.

Unos cien palmos habíase ya descendido cuando el toldo y una de las barandillas fueron lanzados impetuosamente á larga distancia, y ¿cosa rara! sin saber cómo ni de qué manera; sin poderse explicar ninguno de los cuatro la razón de ello, nos encontramos fuera del carruaje en el momento en que este rodando nuevamente bajaba aun más hácia aquel precipicio completamente desierto y abandonado. Parecía que una mano invisible nos había sacado en el momento de mayor peligro. No somos nosotros, ya que alguien con más ó menos interés podría tacharnos de fanáticos ó impresionables, quienes debemos calificar este suceso. Antonio Martí y Moreig de 65 años, no sufrió ni siquiera la más leve lesión. Ramon Puget y Rodriguez, de 15 años, apenas recibió alguna contusión, y Carlos Puget y Grases, de 39, que fué el único que recibió alguna pequeña lesión, no ha tenido siquiera necesidad de guardar cama ni un solo momento, no obstante de que el sombrero que aun llevaba puesto, se halla completamente destrozado y triturado cual si lo hubiesen machacado con una

piedra y cortado con afilada navaja.

¿Cómo explicar este suceso de sí tan grave, y en sus consecuencias de tan leves resultados? ¿Cómo explicar la detención del carruaje en una tercera ó cuarta parte del camino? ¿Cómo explicar nuestra salida del interior de la tartana? ¿Cómo explicar que con tantos tumbos y rodando por aquel despeñadero pudiese levantarse el animal y salir más tarde de aquel fondo? ¿Cómo explicar que después de una caída como la que acabamos de contar puedan Martí (padre) y Puget (hijo) ir con muy poca fatiga hasta casa Masana, distante más de una hora, á pedir auxilio para sacar el carruaje, regresando de aquel lugar para volver á andar otra vez?

No se crea que abultemos ni exageremos los hechos: personas que poco rato después del suceso acertaron á pasar por el camino lloraron al contemplar que en aquellas profundidades había caído un carruaje con varias personas, admirándose al propio tiempo de que ni estas ni la yegua que tiraba del carruaje hubiesen recibido heridas ni graves contusiones.

Lo hemos dicho en un principio y de nuevo lo repetimos: nuestro ánimo al consignar públicamente estos hechos no obedece á otro fin que el de demostrar nuestro eterno agradecimiento á la Virgen á quien antes del peligro y en él imploramos con toda la fé de nuestro corazón.

Señora, Reina de los cielos, vos que desde las altas cumbres que forman acá en la tierra Catalana vuestro excelso palacio, y á cuyas plantas vienen á postrarse desde el Rey

al último de sus vasallos, acojed con benevolencia nuestro sincero homenaje y protejednos en las adversidades como nos protejisteis en la memorable tarde del 21 de Setiembre de 1884.

*Cárlos Puget y Grases.—Antonio Martí y Moreig.—Ramon Martí y Rodó.—Ramon Puget y Rodriguez.*

Como haya llegado á nuestra noticia que el hecho acaecido en 21 de este mes á don Antonio y D. Ramon Martí y don Cárlos y D. Ramon Puget, va á hacerse público por medio de la prensa, declaramos:

Que en la fecha en que aconteció el hecho en el camino que desde Masana conduce al santuario de Montserrat, nos hallábamos nosotros en el Monasterio en cuyo punto supimos lo acontecido.

Que de paso, al siguiente dia, por aquel camino bajamos no sin mucho trabajo al lugar del suceso, en donde recogimos diferentes objetos que devolvimos á los expresados señores.

Y que consideramos tan raro y sorprendente el que no hubiesen acontecido desgracias de consideracion, que solo podemos atribuir á un milagro tan portentoso hecho.

Igualada 25 Setiembre de 1884.—*José Francolí y Armengol.—Antonio Gomá y Padró.—Gabriel Vich y Torres.—Juan Faura y Murt.—Narciso Juliá y Esteve.*

#### OFRENDA DE UN REAL

PARA EL SEPULCRO DE PIO IX.

(Continuacion.)

Lamberto Amat Sempere.—Manuela García.—Josefa Linares.—

Plácido Amat.—Elia Salcedo.—Cándido Amat.—Lamberto Amat.—José Amat.—Patrocinio Amat.—Encarnacion Amat.—María Salud Amat.—Luisa Amat.—Francisca Maria Linares.—Sor Joaquina Amat.—Juan Amat.—Joaquina Amat.—Catalina Vidal.—Juan Amat.—Juan Sempere.—Juan Linares.—20.

José Calpena, (D).—Virginia Calpena, (D).—Antonia Gumiel, (D).—Maria Candel Gumiel, (D).—Antonio Candela Gumiel, (D).—Maria Olivares, (D).—Maria Candela Olivares, (D).—Maria Martinez Mira, (D).—Antonia Caparrós Molina, (D).—Josefa Prieto, (D).—José Gras y Bernal, (D).—Tomás Candela Martinez, (D).—Juan Candela Martinez, (D).—José Calpena, (D).—Antonia Martinez, (D).—Rafaela Martinez, (D).—José Candela Martinez, (D).—Antonio Hernandez, (D).—Antonia Gras Prieto.—Josefa Calpena Candela.—20.

#### CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las ocho misa de renovacion y á las nueve la conventual; por la tarde, terminados los oficios divinos, se reza el Santo Rosario con letanía y Salve cantada á Nuestra Señora.

En Santa María, á las nueve, misa de renovacion.

En Nuestra Señora del [Cármén, continúa el mes del Rosario, á las oraciones de la noche, con plática diaria por el Sr. Canónigo Mirete.

En Nuestra Señora de Gracia, al toque de oraciones se rezará el Santo Rosario y la Salve cantada á Nuestra Señora.

Domingo.—En la Iglesia de San Nicolás, á las nueve misa conventual; por la tarde, habrá mesada de Nuestra Señora, y sermon que predicará el Sr. Doctoral, se descubrirá el Santísimo Sacramento, se dará la bendición y se rezará el Santo Rosario, llevando en procesion á Nuestra Señora.

En Santa María, á las nueve, tercia y misa conventual. Por la tarde, Rosario y ejercicio de minerva con sermon, á cargo del Sr. Cura de la misma, terminando con la bendición y Salve. Todos los demás días, el Santo Rosario, por la tarde á la hora citada.

En Ntra. Sra. del Cármen, á las siete y media de la mañana, misa rezada de comunión general de Mesada de Ntra. Sra. del Cármen, con plática.

En Ntra. Sra. de Gracia, la misa primera á las cinco y media, la segunda, á las ocho y la conventual á las nueve; por la tarde, á las cuatro se celebrará el Diez y nueve de San José, con sermon á cargo del Dr. D. José Mirete, Canónigo de la Colegial.

Viernes.—En Nuestra Señora de Gracia, al toque de oraciones se dará principio el solemne Novenario de San Rafael Arcangel.

## AFECTOS DE MADRE

POR

D. JUAN VILA Y BLANCO.

*Segunda edicion.*

Ya impreso este opúsculo, de 138 páginas en 8.º, hállase á la venta en la casa del autor, (calle de los Angeles, núm. 4 y 6, principal, Alicante.)

Precio de cada ejemplar 6 reales vellon. Serán dirigidos franco el porte los ejemplares que se pidan para fuera.

Es asunto en este trabajo literario la tierna y viva solicitud de una madre por su hijo en la edad de la niñez: qué le desea; cuánto teme por él; cómo le educa, inspirándole amor á las letras y especialmente á la virtud, fin principal de todo estudio. El autor ha formulado todo esto en distintas composiciones poéticas, y ha procurado expresar además otras maternales emociones, ausente el niño, ó enfermo, recobrando la salud, ó victima de la muerte. En cuanto á los niños, se les hace comprender la amorosísima gratitud que deben á sus madres.

---

ALICANTE.—1884.

Imprenta de Antonio Seva,  
Progreso, 5.